

"Me inclinaría a inferir que cada objeto es en sí mismo un mundo completo. El hombre se ha dicho, es un pequeño mundo. No solamente es en su unidad un todo completo, con un conjunto de leyes conformes con el gran todo, sino que aun una parte de un objeto es una especie de unidad completa; así una rama de un árbol

Una Orquesta Ideal

JUAN GOIC J.
Violoncellista
Orquesta Sinfónica de Chile

presenta las condiciones del árbol entero." ("El puente de la visión", antología de los Diarios de Eugene Delacroix, Editorial Tecnos, 1998).¹

PARA QUE UNA ORQUESTA

Cuando Alejandro Guarello me pidió que escribiera algo sobre la Orquesta Sinfónica, el porqué de una orquesta sinfónica, nuestra Orquesta estaba pasando por un serio conflicto que ponía en riesgo su futuro.

Esta crisis, si habíamos de enfrentarla, nos puso en la tarea de revisar sus fundamentos y organización, no siendo necesaria demasiada perspicacia para darse cuenta de que la Orquesta Sinfónica es una institución que ha tendido al anquilosamiento no sólo en su funcionamiento sino fundamentalmente en su espíritu.

¿Para qué una orquesta sinfónica? ¿Cuál es su proyecto? Y desde la perspectiva de un músico, ¿para qué pasar casi la mitad de la vida frente a esos atriles?

Para estas preguntas, institucionales y personales, es presumible que cada cual haya intentado sus propias respuestas, no en vano han ocupado sus asientos centenas de músicos en sus 60 años de existencia.

Al leer la historia de su génesis de puño de don Domingo Santa Cruz, uno puede sentir la fuerza y convicción que movían a sus fundadores. La capacidad de dar vida a la Orquesta Sinfónica pasó necesariamente por una ardua discusión en torno a la necesidad de tal conjunto y de claras y persuasivas respuestas a las anteriores preguntas. Parte de tales reflexiones quedaron registradas en los documentos de las sesiones del Senado de aquella época, encargado de darle existencia jurídica el año 1940.

Básicamente el porqué de esta Orquesta quedó establecido en el decreto de su

1. Gentileza de mi hermana Andrea.

fundación (6696), donde se explicita la ejecución de obras del repertorio universal; el estreno de obras de autores nacionales; la difusión vía radio de sus programas y la cobertura nacional de sus presentaciones. Agregaríamos hoy en día el registro grabado de las obras; el estímulo a jóvenes compositores e instrumentistas; la ampliación de su cobertura al ámbito internacional; los conciertos didácticos para niños y jóvenes y, tal vez, la función pedagógica de sus miembros.

Espero no simplificar demasiado las cosas al pensar que quedan aquí establecidos los fundamentos del quehacer de una orquesta sinfónica. Más de esto y mejor de aquello, justificarían la existencia de un conjunto de esta naturaleza.

La historia de la Orquesta presenta épocas de gran riqueza en el cumplimiento de estos objetivos, sobre todo en sus orígenes, pero con el paso de los años ha mermado junto con la desaparición de sus fundadores, cayendo en una inercia que la pone en deuda con su sentido original. Para ser justos, hoy en día, crisis de por medio, se puede sentir el resurgimiento de un espíritu de renovación y compromiso que pugna con la burocracia y dificultades financieras para abrirse paso.

Valga lo anterior como introducción al tema que, como integrante de la Orquesta me interesa tratar. El trabajo más arduo desde mi perspectiva, no está en enumerar funciones y objetivos de una institución como la Orquesta Sinfónica, sino en ponerlas en práctica

y de buena manera. Todos conocemos los Diez Mandamientos, no sé si alguien conoce al individuo que los cumpla a cabalidad.

Fortalecer el compromiso con tales objetivos, reviviendo su historia, su sentido y ritualizando su práctica. Tal es el camino que me propongo revisar.

CONOCER LA HISTORIA

La Orquesta Sinfónica de Chile es (o debiera ser) una entidad peculiar en virtud de su origen e inserción social. Nace por voluntad expresa del Estado chileno para cumplir una misión en la sociedad. No en vano se inserta en la institución cultural históricamente más importante de la nación: La Universidad de Chile.

Si bien pertenecer a la Orquesta Sinfónica debiera ser entendido como el reconocimiento por parte de la sociedad de la excelencia profesional alcanzada por los músicos, no es menos cierto que debemos asumimos como herederos de un regalo que nació sin nuestra participación. Durante un siglo y medio nuestro país vivió sin orquesta estable donde los músicos pudieran desarrollarse y subsistir. A este privilegio debemos respuesta, como también al esfuerzo de la sociedad chilena que garantiza su financiamiento. No olvidemos que Dante sitúa en el 9º círculo del infierno a los "traidores a sus benefactores" condenándolos a morar por la eternidad junto al mismo Lucifer. Mismo temor han de tener los encargados de administrar este patrimonio cultural.

Este fundamento histórico mínimo debiera ser el eje ordenador de toda discusión y decisión al interior de la Orquesta Sinfónica de Chile.

Sin embargo, todavía nos situamos en el ámbito de las razones, y si bien ellas nos orientan, no suelen ser éstas las que motivan a la acción. Conocer la historia para acercarnos a sus protagonistas; quererlos un poco más; reconocernos en ellos; entroncarnos en su linaje; conovernos con sus esfuerzos; para que nos toquen el corazón; para continuar sus sueños. He aquí una fuerza motriz.

EL SENTIDO

Me proclamo un escéptico-optimista, me parece una buena forma de sostenerse en pie en los tiempos que vivimos.

Si alguna vez el bosque no dejaba ver los árboles, hoy ya sea por su extensión o complejidad, es el bosque mismo el que no se deja ver: de aquí mi escepticismo.

Nos queda el feliz consuelo de mirar los árboles.

Mi propuesta es que cada persona tiene la posibilidad de realizar su utopía en el ámbito específico de su quehacer, de su mundo abarcable, de sus relaciones personales, de su trabajo. Tal vez no podemos cambiar el mundo, pero, aún podemos cambiar lo que hace y cómo funciona una orquesta. No me resigno: de aquí mi optimismo.

En este ámbito de lo abarcable, de lo acotado (aunque vinculado al todo) se nos ofrece la posibilidad de intentar una utopía.

Si en este microcosmos de relaciones cara a cara no podemos generar un espacio de convivencia y realización respetable, satisfactorio, responsable, amable y justo, qué podemos esperar para lo que no está a nuestro alcance.

Hacer de esta comunidad un modelo de lo que quisiéramos que fuera nuestra sociedad, este es el desafío.

En el mundo de hoy, mundo de la eficacia, el rendimiento y el mercado, la música y las artes son una reserva espiritual y moral, máxima expresión de la imaginación, la contemplación, la reflexión gratuita, la unión y la paz. Las artes y la música son hoy, a lo menos, esperanza y promesa de un mundo mejor.

LA UTOPIA

Permítanme soñar.

En primer lugar, mi Orquesta Ideal estaría situada en un lugar bello y su arquitectura y emplazamiento serían la primera señal que la sociedad daría de la importancia que atribuiría a esta actividad. La ubicaría en un parque que por sí sólo invitaría a acercarse.

Su arquitectura, diseñada en función de las necesidades de los artistas, daría espacio a biblioteca, discoteca, salas de estudio, de ensayo, de música de cámara y de grabación. Habría una sección encargada de editar nuevas creaciones y de hacerse de la creación latinoamericana.

Sería un santuario de la música donde los protagonistas serían los compositores e

intérpretes. La orquesta sería una escuela permanente: se estudiarían las partituras, se harían talleres; se hablaría con los compositores, los directores y solistas acerca de sus oficios.

¿Y el público? Este se acercaría tímidamente a enterarse de lo que hace y piensa esta secta curiosa, como si entraran a un laboratorio donde ocurren cosas sorprendentes. El servicio de la orquesta a la sociedad no sería el de satisfacer sus expectativas sino el de darles a conocer las obras de los creadores próximos y lejanos.

Se haría una concesión: los niños y los jóvenes recibirían imaginativas y participativas puestas en escena de la música y su historia de manera que quisieran volver a ser sorprendidos.

El público si ha de aplaudir, lo haría en primer término al compositor, cuya imagen se proyectaría en la escena antes y después de la ejecución, quedando esta última registrada y archivada.

Las obras ejecutadas por la orquesta pasarían una rigurosa selección a cargo de las escuelas de composición, y su llegada a la orquesta sería recibida con admiración y respeto. La obra sería interpretada como un texto sacro y cada nota ejecutada según el concepto del autor.

Al cuidadoso trabajo de los músicos, se sumaría una selección minuciosa de los instrumentos utilizados, de manera que la búsqueda de una sonoridad única y mágica que se potenciaría al chocar con las paredes de una sala especialmente diseñada,

sería un objetivo permanente. Más allá de la música, la sola belleza del sonido haría de la experiencia de escucharlo un algo sobrecogedor.

Durante los ensayos, el momento de la afinación representaría el tránsito del mundo cotidiano al de la música, momento de sintonizar el espíritu y los instrumentos a la tarea que viene. Sería un acto voluntario de unión entre quienes van a asumir la tarea de dar aliento a la creación. Sin este paso dado con justeza, el resto del camino sería un extravío.

El primer ensayo no sería el primer contacto de los músicos con sus partituras, de manera que desde el primer día se estaría trabajando en los contenidos musicales de la obra, agilizando la puesta en escena y dando tiempo a un trabajo acabado y reflexivo. Los ensayos terminarían con un gesto de agradecimiento mutuo entre los colegas por el esfuerzo puesto al servicio del grupo y un gesto de respeto al creador por su obra. Todo ensayo estaría abierto a público que encontraría en la riqueza del trabajo tanto o más interés que en la ejecución final.

Durante el año habría una permanente rotación de miembros de la orquesta que estarían becados viajando para establecer contacto con lo que ocurre en otros países y orquestas, conociendo obras nuevas, textos, formas de funcionamiento y proyectos.

Paralelamente, distintos maestros de la vida musical de otros países se integrarían temporalmente a la orquesta para compartir su experiencia al mismo tiempo que nuestros músicos integrarían otras orquestas para recoger sus bondades.

Todo cuanto sucediera en esta Orquesta Ideal daría motivo a reflexiones que se registrarían en una Revista que formaría parte de las conexiones de ella con su mundo circundante, siendo además una herramienta crítica hacia las instancias externas a la orquesta que incidieran en su funcionamiento. Esta sería un instrumento capital para la circulación de ideas interna y externa y de registro histórico para que las futuras generaciones nos conozcan, entiendan y respeten.

Nada impediría que se incorporaran nuevos timbres o instrumentos a esta agrupación dando vida tal vez a nuevas fuentes sonoras permanentes de la orquesta.

La vestimenta de los músicos sería materia de revisión, puesto que no habría razón para que se siga usando trajes a la manera de las tradiciones del viejo continente.

Todos los años, las actividades de la orquesta se iniciarían con un Congreso pleno de los miembros para hacer evaluaciones de su funcionamiento, generar nuevos proyectos, organizar grupos de trabajo, asumir y renovar compromisos, todo esto para ser nuevamente evaluado en el Congreso siguiente. Asimismo la administración daría cuenta anual de su desempeño, explicitando sus nuevos compromisos y evaluando su gestión.

En fin, los colegas compartirían la alegría de coincidir en un mismo tiempo, lugar y vocación, y se entregarían con celo y veneración a su tarea, no sólo por respeto a su propio oficio, sino temiendo que una negligencia perjudicara el trabajo colectivo. No cumplir con cuidado su labor lo ofendería a sí mismo, a sus colegas, al creador, su oficio y la sociedad. Para los músicos, acceder a este santuario sería un fin en sí mismo, y lograrlo sería una prueba heroica que se relataría hasta la tercera generación.

Pertenecer a la orquesta los llenaría de orgullo y respeto y harían de su crecimiento y perfeccionamiento un sentido de vida.

No hay duda que en esta utopía caben muchas correcciones y aportes, su definición ha de ser parte de un trabajo colectivo. Pero basta por ahora, no quisiera extenderla en demasía, algo de pragmatismo aún corre por mis venas y no vaya a ser cosa que en un mundo de tal ascetismo y perfección no haya lugar para mí.

UN PROYECTO

Pasar de la monografía o a la ficción sin transición puede ser un ejercicio riesgoso, pero lo hecho, hecho está. Quizás aminoro mi pecado si planteo un escenario intermedio: un proyecto, con algo de utopía y realidad.

La búsqueda de sentido va ligada a la definición de lo propio, lo individualizable, de encontrar el espacio que uno y no otros pueden o quieren ocupar. En esta dirección me pregunto si acaso estamos en condiciones de generar una orquesta dedicada íntegramente a la ejecución de obras latinoamericanas. ¿Existe acaso un repertorio suficientemente amplio que permita seleccionar obras para cubrir una temporada permanente? Me hago esta pregunta pensando en que lo que se ejecuta habitualmente en las salas de concierto constituye una selección fina de una tradición sinfónica de 300 años de historia musical europea. ¿Existe acaso el material editado como para abordarlas?

Tal vez la generación de un proyecto de esta naturaleza estimularía la creación y edición de obras latinoamericanas provocando un movimiento de insospechadas proyecciones.

Si resultara demasiado oneroso para un país, podría concebirse como un proyecto latinoamericano financiado por todos los miembros de la comunidad. Podría estar integrado por músicos de diferentes países, con una sede fija pero con permanentes presentaciones en los países miembros. La tendencia a la globalización y a la generación de pactos internacionales en todo ámbito (Mercosur del Arte) favorecería una iniciativa como ésta.

Significaría además, una orquesta con un perfil propio que podría concitar el interés de otros continentes. En este "ubicarse en un lugar propio" visualizo otro elemento motivador.

EPILOGO

Muchas de las cosas planteadas en este artículo o bien, ya se dan en forma embrionaria dentro de nuestro medio orquestal, o forman parte de conversaciones con mis colegas, por lo que, además de hacer justicia con ellos, me hacen pensar que tales utopías y proyectos son algo más que un sueño. Baste pensar que todo lo que hoy día es, alguna vez no fue, incluida la propia orquesta. La existencia de mis propios sueños, que me inquietan y que toman carne en este artículo, es una señal de un algo que pugna por realizarse. Si por alguna razón no alcanza mi vida para verlos, al menos los dejo registrados por si un alma futura sintoniza con ellos.

